Habia solo conservado de la antigua aristocracia, ese candor ingenioso y fino que es la gracia del discurso, y esa sencillez elegante de maneras que se ha perdido y no volveremos á encontrar. Pero su alma era enteramente plebeya; amaba al pueblo con todas sus entrañas como un padre ama á sus hijos, presto á cualquier hora del dia á levantarse, marchar, combatir, sufrir, vencer ó ser vencido, á sacrificarse, á dar por él su fortuna, su libertad, su sangre, su fama, su vida.

¡ Ilustre ciudadano ! contemporáneo á la vez de nuestros padres y de nuestros hijos, colocado, como para abrir y cerrarlo, en ambas extremidades de este medio siglo heróico, tú vistes perecer la Revolucion de 1789 bajo el sable de un soldado, y la de 1830 bajo la palmeta de los doctrinarios; y, á pesar de haber visto dos veces frustrados tus planes, no te arrepentistes de lo que habias hecho, pues sabias que cada cosa viene en su debido tiempo, y que el grano sembrado en el campo de la democracia nunca se pierde, y mas tarde florece y fructifica. Sabias, alma patriótica, que las naciones, unas por caminos rectos, otras por veredas oblicuas, se encaminan á su emancipacion con la fuerza irresistible que precipita al mar la corriente de todos los rios, y marchastes con la cabeza alta y la esperanza en el corazon, en las vias de la verdad. Gracias te doy, generoso anciano, por no haber dudado de la soberanía eterna de las naciones, y haber preferido santamente los proscritos á sus opresores, el pueblo á sus tiranos. Cuando cayó de tus ojos el velo de una ilusion patriótica pero deplorable, y pudistes divisar la generacion actual con sus carnes gangrenadas y languidez moribunda, echastes con consuelo tu mirada en las generaciones futuras, sin dejarte avasallar, como Benjamin Constant, por una invencible melancolía, y fuistes digno de la verdad, porque no dudastes de ella.

MAUGUIN.

Era en los primeros tiempos de la Revolucion de Julio; la Europa no participaba aun de la franca admiracion de Talleyrand por el Napoleon de la paz, y la corte que no sabia á qué santo encomendarse, vacilaba entre la alianza de los reyes y la alianza de los pueblos.

Pero Mauguin no titubeó un momento, sintiéndose invadido de repente en la tribuna por la fiebre belicosa del general Lamarque. Cosa magnífica era el ver á ambos prepararse á la guerra como el Malbruck (1) de la cancion, arrastrando en su séquito los batallones del gran ejército. A sus órdenes Tolon vomita sus flotas para bloquear Ancona y sublevar el Adriático, mientras que una expedicion de nuestras mejores tropas, costeando el litoral de Argel, Tunez y Tripoli, va á renovar en las playas del Nilo, los prodigios de Bonaparte. Se pasa el Rin, levántase la Bélgica, capitula Viena, abre sus puertas Cracovia, y, aumentada con las falanges de la Curlandia y Besarabia, se abre un paso hasta al Tanais la propaganda victoriosa. Aun no para ahí la impetuosidad de Mauguin, y, como yo no soy ni con mucho tan buen geógrafo y perito en estrategia como él, prescindiré de enumerar, por no estropear sus nombres, las provincias prusianas y rusas, valacas y morlacas, cuya invasion proponia el activo tribuno. Este y Lamarque organizaban continuamente revoluciones, y caidas de imperios, fundaban estados, estipulaban tratados de alianza y comercio, paseaban la bandera tricolor al son de trompetas victoriosas, convidaban á

(1) Alusion á la cancion de Malbruck muy popular en Francia, y que existe traducida en España, Inglaterra y otros paises. Asegúrase que los Franceses la compusieron despues de la terrible batalla de Malplaquet, en la que fue grande la mortandad de ambos lados. No obstante la melodía de esta misma cancion remonta á la edad media y fue adaptada á las circunstancias. El Malbruck de la cancion es el famoso John Churchill, duque de Marlborough, el mayor general que ha producido la Inglaterra, y el mas afortunado en sus campañas de todos los caudillos modernos. (N, del T.)

la libertad á los Kurdos, Kalmucos y Kirguisos, y aun no tengo bien presente si fabricaban Cartitas adecuadas para esos esforzados bárbaros, ufanos de ser vencidos (1),

Las damas que frecuentaban las tribunas, las cuales, como bien es sabido, son sensibles á la gloria militar, gritaban : ¡Bravo Lamarque! ¡bravo Mauguin! y dejaban deslizar discretamente de la punta de sus pañuelos perfumados versos, laureles y flores (2).

Yo mismo, aunque no susceptible en exceso de dejarme deslumbrar, hallábame atónito, y maravillado de ver que, en tan poco tiempo y con tan débiles medios, fuese posible hacer conquistas tan rápidas y prodigiosas, y no dejaba de concebir temores por la suerte de la Rusia, la Prusia y el Austria, esperando leer cada dia, en la parte oficial del *Monitor*, que Lamarque y Mauguin se habian dignado dar audiencia á las diputaciones de las naciones emancipadas por la marcha victoriosa de sus armas, y que estos señores les habian dicho segun el modo de los conquistadores : «Recibimos «siempre con nuevo placer la expresion de vuestras simpatías «afectuosas;» cuando el cólera vino inopinadamente á interrumpir el curso de estas oraciones triunfales, y herir mortalmente uno de nuestros dos Alejandros, el cual, si hubiese sido justa la fortuna, hubiera debido morir en la tribuna, en la explosion de su victoria (3).

Al perder al general Lamarque, el abogado Mauguin perdió su empleo de gefe de estado-mayor del nuevo ejército, y aun debo añadir en honra suya, que tuvo bastante grandeza de alma para no reclamar, á pesar de sus brillantes hechos de armas, su pago de medio sueldo (4).

Pronto, á fin de poder continuar sus operaciones geográficas, Mauguin pasó del departamento de la guerra al servicio de las colonias (5), y el que queria emancipar á los Morlacos, se negó á emancipar los negros, que valen creo yo, tanto como los Morlacos. Y luego dirán que los abogados son hombres sin lógica.

Tambien tiene Mauguin la pretension de ser un excelente diplomático, y no se crea que, bajo este punto de vista, se le pueda mojar la oreja, pues sabe de memoria Grotius y Puffendorff, ha es-

(1) Véanse los primeros discursos de Mauguin en 1831.
(2) Histórico.
(3) El general Lamarque murió del cólera en 1832.
(4) Histórico.
(5) En calidad de *delegado*.

tudiado asíduamente los manuscritos de Versalles, conoce los tratados patentes y claúsulas adicionales, y no hay marchas ni contramarchas de ejército que escape á su penetracion. Mauguin prevé la destinacion de las flotas, y es capaz de decir su rumbo, antes que se haya hecho á la vela el almirante y abierto sus pliegos. Nada puede disimularle el telégrafo, y en vano agita y cruza de mil maneras sus largos brazos. Sus comunicaciones, y bien puede creerlo el lector, le vienen de personas fidedignas, y es de creer que tiene sus espías en las fronteras, sus periódicos, correspondencias privadas, sus inteligencias, sus cartas cifradas, y estoy por decir sus embajadores; solo le faltan los fondos secretos para ser completamente ministro de los negocios extrangeros. Así no es de extrañar que aspire á este puesto, y no hay que hablarle al señor Mauguin, abogado, de ser guardasellos. ¡Guardasellos! ¡qué disparate! ¡Guardasellos el señor Mauguin! Ni aun por asomo.

Ya lo he insinuado en la parte precedente de mi obra : dirigir los negocios extrangeros, tal es el tema de los abogados y reyes de nuestra época. Ambos tienen, abogados y reyes, reyes y abogados, abogados sobre todo, la pretension de saber perfectamente lo que pasa en casa agena, mejor que en la propia. Mas valdria que esos señores reyes y abogados, nos pusiesen un poco al corriente del estado interior de nuestra nacion.

¿Hay que añadir que, en todas las naturalezas francesas, especialmente en las plebeyas de orígen, hay un flaco de aristocracia que se descubre siempre por algun lado? Nuestros abogados tienen el prurito diplomático, y aspiran á tratar bajo un pie de igualdad con las cabezas coronadas, figurándose que la Europa los oye hablar, que la Europa tiene en ellos los ojos, que la Europa les profesa la mayor consideracion, que le meten miedo ó la complacen, y que es mucho mas honroso el dar la mano á un embajador de Bohemia que á un juez de Meaux ó de Perona.

Yo me figuraba, tan poco conozco los hombres, que Mauguin, adelantando en edad, llegaria á adquirir ciertos gustos caseros. Pero, ¿cómo ha de ser? el cuerpo le pide otra vez el gusto de los viages caucásicos, y hételo aquí de nuevo en campaña: antes era contra los Cosacos (1), y actualmente contra la Inglaterra (2). ¡Pobre Inglaterra! ¡cómo te compadezco!

(1) Véase su campaña de guerra con el general Lamarque, 1831-1832.
(2) Véase en el *Monitor* los discursos de Mauguin en 1842.

No cabe duda, Mauguin es el orador y poeta de la política descriptiva, y el protector en el parlamento francés de la confederacion rusa. ¡Cáspita! ¡Y qué endemoniado es el hombre! Hételo aquí que corta en dos la isla de Sumatra, llega por un giro estratégico al Indo, echa al mar las ricas factorías de la opulenta Calcuta, y penetra con sus batallones galo-moscovitas en los alfoces y desfiladeros del país de los Sikos. Por mi parte no abrigo duda que todo ese estrépito de estrategia y derrotero, meta mucho miedo á la Inglaterra, y no sé como podrá salir de tan peligrosa situacion; solamente yo quisiera que Mauguin, si fuese posible, no acabase con la Inglaterra en un abrir y cerrar de ojos, y esto se lo suplico en nombre de nuestro jóven y esforzado ejército, que, una vez la Inglaterra destruida completamente como un ponton por Mauguin, no podria disparar un fusil para hacerse la mano y no perder la costumbre. Por otra parte hay que dejar algo que hacer á nuestros hijos; pero es preciso confesar que no tenemos entrañas, que todo lo queremos para nosotros mismos y abusamos de nuestras ventajas. Ya hemos resuelto la cuestion de Oriente; triunfamos de la Inglaterra desde los mares de China hasta el estrecho de Gibraltar, y somos tan expertos en confederaciones rusas como en colonizaciones africanas y bombardeos siríacos. Por ahora me parece que no seria malo quedarnos ahí, salvo á volver á empezar la campaña el año que viene, una campaña no menos vistosa, que debe conducirnos, al son del tambor, desde el portero que, detrás del sillon del presidente Sauzet, grita: ¡Silencio Señores! hasta el portero que se halla al lado del banco de los ministros, para llevarles sus esquelas de amor y de convite.

En verdad si Mauguin no fuese tan gran conquistador, deberia estar ya harto de gloria, y me parece que, despues de haber ratificado y sellado con el sello de cera verde, el tratado de alianza entre la Francia y Nicolas I, emperador de todas las Rusias, no haria mal en dirigir su augusta solicitud en el interior, en que no hay menos eriales y abusos que arrancar de raiz, que en los desiertos de Novogorod.

¡Cuanto hemos desatinado, todos nosotros Franceses, durante tres meses y mas, sobre el levantamiento de los Drusos, los favores de la sultana Validé, el emir Beschir, la fidelidad inalterable de Ibrahim y su padre Mehemet, y esos intrépidos salteadores de Damasco y del Líbano. Cosa curiosa era el vernos á nosotros,

honrados diputados, negociantes de telas, surtidores de alquitran para la marina, abogados sutiles, profesores de gramática, agiotistas de caminos de hierro, fabricantes de azucar de remolacha, formar en batalla los escuadrones de Soliman-Bajá, como si se tratase de una revista en las Tullerías. Contábamos todas las baterías de San Juan de Acre, por el flanco y de través, como no tardaremos en contar los cañones de nuestras amables bastillas (1) amenazando á nuestros amables arrabales (2).

Todos nosotros repetiamos á porfía lo que decian ó no decian Mehemet, Kosrew, Reschid, Abdul, la Sultana, Napier, Stopford, Beschir, Ponsomby, el eunuco negro, el seraskier, el internuncio, el mufti, el capitan, todo salvo lo que hubiera debido decir nuestro embajador el conde Alexis Pontois, que nada decia. Y despues cuando nos vimos excluidos, sin aviso preliminar, completamente escarnecidos, sin que nos fuese permitida la menor respuesta, y bien derrotados sin haber podido entregar el menor combate, un ministro de aquel entonces, no sé cual era, pues se mudaban cada quince dias, vino á decirme al oido, en un acceso de buen humor, que el gobierno de Su Magestad Cristianísima, el rey de los Franceses, no sabia una palabra de lo que pasaba en aquellos lugares. Y tal es cabalmente el motivo que nos induce á dar cien mil francos á los embajadores que nos representan de un modo tan perfecto en el Imperio otomano, y tal es la causa de que, gracias al viage de Mauguin en Rusia, á los informes exactos que hemos recogido en el Oriente, y á los grandes combates de pluma y lengua que hemos entregado, somos tan temibles á la Inglaterra tanto por tierra como por mar.

Eso va ya muy bien, pero mejor irá cuando será Mauguin ministro de negocios extrangeros, y entonces veremos á todas las

(1) Alude el autor á las fortificaciones de Paris, cuyo proyecto fue leido á la Cámara de diputados en el año de 1841, y realizado en los siguientes. A excepcion de los afiliados ó adherentes al periódico el *National*, todo el partido democrático se pronunció contra esta medida liberticida que tendria á hacer retrogradar la Francia hasta la edad media, cambiar en plaza fuerte la ciudad mas civilizada del orbe, y rodearla de una guarnicion de fuertes que designaban los republicanos bajo el nombre odioso y expresivo de *bastillas*, dando á entender que si los revolucionarios de 1789 habian destruido una *bastilla*, el gobierno salido de las barricadas en 1830 pretendia multiplicar en torno esas horrendas fortalezas. (N. del T.)

(2) *Nos aimables faubourgs.* Este dicho se atribuye á Luis-Felipe, y es otra epígrama que lanza Timon contra este monarca. (N. del T.)

togas y golillas de la Cámara en la calle de Capucines (1). Hay conjuracion flagrante de parte de los hombres de leyes para apoderarse de los negocios extrangeros. Los abogados, sin dejar su trage, tiran el cañon, lanzan la flota á toda vela, escriben órdenes, envian correos, firman tratados que no son los de la cuádruple alianza, y juzgan con autoridad á los generales de ejército, embajadores y reyes. El abogado habla, el abogado negocia, el abogado hace la guerra, el abogado reina, el abogado gobierna, el abogado lo hace todo, y así nada se hace en sustancia.

Quiero decir que nada se hace de lo que se debiera hacer; pues supongamos que, mediante el influjo del señor Mauguin y compañía, nos fuese permitido establecer algunas malas chozas de paja en las despobladas costas del Coromandel; admitamos que la alianza rusa nos valiese el reino de Cachemira con algunas cabras del Tibet para nuestro Jardin de Plantas (2), y el vireinato de Cabul para Mauguin, ¿qué ganariamos con todo esto en último análisis? Lo que me interesa de un modo mas directo, y lo que no parece ocupar sobremanera á nuestros sublimes oradores, es la condicion miserable y precaria de los labradores del centro de la Francia y de los jornaleros de Paris, Leon y Nantes; es la servidumbre corporal y espiritual, la crasa ignorancia, la degeneracion moral de tantas criaturas humanas nacidas en la misma tierra y bajo los rayos de la misma civilizacion que nosotros; la corrupcion de los abusos que corre á torrentes, la confiscacion de nuestras libertades por las leyes de setiembre, despues de la confiscacion de nuestra plata por las leyes del impuesto.

Me detengo, pues desde aquí me parece ver á Mauguin que sonrie de desprecio al ver mi vuelo tan bajo y rozando la tierra, y desdeña en su irónica compasion nuestra pobre persona formada de barro tan grosero, falta de aliento, de alas, de resorte, desprovista de toda inteligencia en materia de alta política, sin asomo de conocimiento en lo tocante á la alianza combinada de la Prusia, el Austria y la Rusia con Mauguin, ni en las peregrinaciones

(1) En esta calle, formando esquina con el *boulevard* del mismo nombre, se halla el ministerio de negocios extrangeros. (N. del T.)

(2) Jardin amenísimo, situado en la parte sud-este de Paris, lugar de paseo, y célebre por sus catedras de ciencias regentadas por los mejores profesores de Francia, su Museo de historia natural, único en su género, y la coleccion de animales vivos que solo cede á la de los *Zoological-Gardens* de Londres. (N. del T.)

de este en el país de los Mongoles, ni en sus correrías geográficas, ni en sus expediciones en desiertos desconocidos, sus incursiones en las posesiones inglesas de la India, y su vireinato de Cabul.

Sin embargo, si Mauguin, en vez de querer ser virey de Cabul, se obstinase en querer ponerse bajo el brazo la cartera en tafilete de las relaciones exteriores, ¿porqué no se le permitiria ese inocente capricho? Por mi parte, desde ahora hago la proposicion formal al consejo de ministros, y alego las siguientes razones en favor de la candidatura.

Mauguin posee un sentimiento vivo, muy vivo de la nacionalidad, un golpe de vista pronto y claro de los intereses comerciales de la Francia, una aptitud laboriosa y familiarizada con los negocios, una conversacion elegante y fina, y modales de corte. ¿Qué viene á ser la falta de famosos abuelos? ¡Valiente cosa! El nombre ilustrado, aunque plebeyo, de Mauguin, no va en zaga á los de tantos duques y pares que cobija el polvo ni mas ni menos que los retratos de sus antepasados. El nombre de Mauguin suena tan bien como el de Guizot que vale tanto como el de Thiers, y este no cede al de Soult, el cual no es inferior al de Maison, que no desmerece al lado del de Mortier, el cual valia el de Broglie, y este el de Sebastiani, y el de Sebastiani no deslucia al lado del de Polignac. Por mi parte, si pudiese dar un movimiento á la rueda de su fortuna, no dejaria de hacerlo con gusto, pues Mauguin es aun hombre fiel al movimiento de Julio, que la corte no dejará de usar y gastar en provecho propio; y me tarda el ver poner manos á la obra á todos esos forjadores de Cartas, fabricantes de reyes, fundadores augustos de dinastía. Veremos como salen del apuro, y si no salen, será preciso convenir que concluidas están las experiencias, que existen incompatibilidades entre ciertas cosas, y que hay lugar á modificacion.

Mauguin tiene tambien otra manía, independientemente de la conquista, diplomacia y esclavitud; se cree un hombre de gobierno, y está persuadido que la mayor parte de sus colegas de la Oposicion son de una ignorancia é incapacidad sin igual en las materias de estado, sin apego suficiente á la centralizacion, inclinados á mezquinas controversias, anegados en consideraciones de segundo órden, é incapaces como él de organizar un plan de administracion y llevar á cabo vastas empresas.

Thiers que era á la sazon ministro de no sé qué departamento,

para anular la oposicion incómoda y acerba de Mauguin, tenia especial cuidado de lisongear sus ideas favoritas; y, tal como el reptil tentador, se acercaba arrastrándose al lado de Mauguin, y, enroscándose al rededor de su cuerpo, é insinuándose hasta su oido, le silvaba estas palabras:

«¿Cómo puede Vm., señor Mauguin, hacer migas con la gente «que combatimos, gente de cortos alcances? ¿No es Vm. el «solo de entre ellos que comprenda lo que es gobierno, y por «consiguiente destinado á proceder como nosotros cuando lle-«gue á sentarse en este banco de angustia y dolor? Así ayúde-«nos Vm. en nuestra obra, y no olvide que, al hacerlo así, nos «presta Vm. auxilios para prepararle la via, y trabajar en su pro-«vecho.»

Harto cedió Mauguin á la insinuante astucia de este lenguaje, sin notar que, para lograr una sonrisa de Thiers, se enajenaba la austera amistad de la Oposicion.

¿Qué motivo le impelia? ¿Desertó acaso nuestros principios? No ¿fue por traicion de corazon? Mucho menos. Su solo movil fue gusto de paradoja, fantasía de tesis, excentricidad de oposicion, indisciplina, vanidad y nada mas.

Digamos empero, para ser justos, que, miembro del gobierno provisorio que hacia los ministros, hubiera podido serlo si hubiera querido; y proscrito por Carlos X si victorioso hubiera sido, manifestando Mauguin que era capaz de valor civil. Su vida política ha sido enteramente parlamentaria, completamente pura, y de nada le acusa la conciencia. Mauguin ama y busca ansioso la igualdad, por orgullo ó desinterés, poco importa, mas ello es que la ama. Al mismo tiempo es partidario acérrimo de la centralizacion, y bajo este punto de vista, seriamos los últimos á vituperarlo. Todos los hombres de estado reconocen la necesidad de un poder fuerte en un país en que la imaginacion es la facultad dominante, facultad que transporta los espíritus, con u a facilidad increible, de un sistema á otro. Mauguin ama con exceso patriótico la independencia de nuestra nacion que prefiere á la misma libertad; y cree que esta nacion tan movil, tan viva, tan caballeresca, tan atolondrada, necesita ser ocupada y deslumbrada por el espectáculo de cosas grandes. Así no tiene preferencia por ninguna dinastía, ni por casta alguna regia profesa el menor cariño personal. Hay en el fondo de sus concesiones monárquicas, instintos revolucionarios; y yo estoy persuadido que acogeria la repú-

blica con tanto gusto como la monarquía, con tal que la república tuviese unidad, poder y grandeza.

¡Cosa singular! despues de diez y siete años de ejercicios parlamentarios, Dupin marcha solo, Sauzet solo, Mauguin solo. Ahora bien, los hombres que no pertenecen á ningun partido viviendo en medio de estos, ó que no aciertan á conducirlos á pesar del talento que les deparó el cielo, arguyen por el hecho mismo que carecen de tino, opinion, plan, sistema, principio, carácter y política grande ó pequeña. Con tal naturaleza se puede ser buen ciudadano, ministro, presidente, académico, fiscal, orador, abogado, persona muy amable en su trato, mas no hombre de estado. Y esta no obstante es la idea que continuamente persigue á todos. ¡Ser hombre de estado! Todos se esfuerzan en trepar á tan alta cumbre, y Mauguin mas que otro.

Fuera de esto, siempre perfectamente al corriente de las cosas exteriores, muy bien informado por los cónsules, agentes y hombres de negocios que mantiene en el extrangero; y su manía en este punto llega á tal grado, que, cuando hace poco afirmaba este gran diplomático en la tribuna que estaba mas enterado de lo que pasaba en Europa que los mismos ministros; que estos no podian ni aun sospechar siquiera la extension de sus informes, y que en su mano estaba el dejar traslucir el secreto del estado, la Cámara entera se volvia de mi lado sonriendo, y me decia: ¡válgame Dios, Timon, y que bien lo has pintado!

Pero basta ya del hombre político; pintemos ahora al orador.

Fácilmente se le reconoce. Mauguin tiene su asiento en la extremidad de los bancos de la derecha, y se distingue entre sus compañeros por su fisonomía franca, sus ojos finos é inteligentes, su voz firme y clara, sus ademanes nobles, su modo de recitar algo enfático.

¡Qué bien habla! ¿No es verdad? En la conversacion, en un corrillo reducido, brilla no menos que en la tribuna. Amigo de romper lanzas con el primer campeon que se presente, se constituye el centro de los diputados que murmuran en la sala de conferencias, y, no menos que al brillo de la tribuna, aspira á brillar en los corredores.

Al mismo tiempo es muy cortés y complaciente, y sus maneras son joviales y afables; así es que cautiva y seduce á todo el mundo. A mí me gusta mucho Mauguin, aunque este no lo cree, probablemente porque se le figura que no se puede tener afecto á una

persona sin alabarla sin cesar; pero esto es adulacion, y la simpatía que Mauguin me inspira es demasiado sincera para no decirle francamente lo que de él pienso, bien ó mal, advirtiendo que en el concepto que de él formo, entra mas bien que mal.

No es tan largo, ni tan difuso como los demás abogados, y, aunque echa á veces á perder su diccion á fuerza de corregirla, es preciso convenir que hay mas declamacion en su tono que en sus palabras, y mas en la acentuacion que en las ideas. Tal vez se le puede vituperar de premeditar en demasía sus efectos oratorios, dejar aparente la trama de sus discursos y no abandonarse suficientemente á la naturaleza. Fuera de esto es preciso en sus exordios, afianza bien los argumentos, su modo de proceder arguye no poca pericia é inteligencia, y la habilidad es su primer mérito.

Mauguin, por su larga práctica del foro, la especialidad de sus estudios, la brillantez y flexibilidad de su talento, no tiene igual para tratar luminosamente las cuestiones de derecho civil ó criminal, comercio, aduanas, hacienda; y, cuando á ello se decida, será uno de los abogados mas útiles de la Cámara, como ya es uno de los mas facundos.

Mucho me gusta esta comparacion de Mauguin, pues es realmente hermosa: «Las luces son como los fluidos cuya presion se «ejerce en los bordes, y tienden siempre á extenderse.»

A veces cuando se anima, y la naturaleza excede en él al arte, cesa de ser retórico, y llega á ser orador, elevándose á la mayor elocuencia. Entonces hace temblar, palidecer, llorar, sobre las desventuras y despedazamientos de la Polonia espirante; y sus palabras proceden del fondo del corazon, agitan y conmueven á los oyentes. Pero tales efusiones del alma son raras en Mauguin, y en general caracterizan oradores mas verdaderos, mas fogosos, mas irregulares. Mauguin es demasiado dueño de sí mismo para hallar esos arranques patéticos que solo acuden á los que no los buscan; pero al mismo tiempo maneja con la mayor ventaja el punzante sarcasmo y la irresistible ironía.

Temible interpelador es Mauguin, y al mismo tiempo fecundo, ingenioso, atrevido, infatigable, sin dejarse intimidar por las rechiflas ni los murmullos, y mostrándose tanto mas frio cuanto mas animados sus adversarios.

Me acuerdo de haberlo visto, cuando, desde lo alto de la tribuna, luchaba cuerpo á cuerpo con Casimiro Périer, su terrible enemigo. El ministro hostigado y sin aliento, lanzaba en la tribuna los rayos de sus ojos encendidos, agitábase convulsivo en su banco, y exhalaba entre dientes exclamaciones coléricas mezcladas de sordas amenazas; mientras que Mauguin, con la sonrisa en los labios, le disparaba esos dardos que no hacen saltar la sangre, pero que pican dolorosamente en la piel; y revoloteaba al rededor del ministro, poniéndose en cierto modo en su frente, como el tábano que pica á un toro bramador y entra en sus narices. Así Casimiro Périer espumaba, escarbaba la arena y se agitaba vencido.

Resumamos el carácter de Mauguin.

Mas político por falta de conviccion que por debilidad de carácter, pero excelente orador, á menudo al nivel de los mas sobresalientes; en ciertas ocasiones elocuente, pero en todas lleno de lucidez y concision; firme, incisivo, dotado de un talento fecundo, muy extenso, penetrante, y flexible; sereno en la tormenta, dueño de sus pasiones menos para reprimirlas que para conducirlas; domeñando su impaciencia para poder enviar con mas violencia á sus adversarios los venablos que le disparan; hombre lleno de amenidad y seduccion, si bien algo presuntuoso y ansioso de encomios; en una palabra una de aquellas personas que no es posible ni amar ni aborrecer en exceso.